

Decir la nieve

Menchu Gutiérrez

Hace algún tiempo, fui invitada a participar en un ciclo de conferencias en torno a las imágenes y espacios de la literatura. Casi sin pensarlo, elegí la nieve como tema para mi intervención. Acababa de trasladar mi residencia a la montaña, después de haber vivido muchos años frente al mar, y aquella mañana en que recibía la invitación, la cumbre de la montaña que se levanta frente a mi casa, había amanecido nevada. Enseguida vino a mí una frase que escribí hace muchísimos años en un cuaderno, y cuyo origen ahora, aunque tiendo a creer que nació de un sueño, me resulta imposible de recordar: «Con hilo rojo/ la mujer de luto/ bordaba rosas en la nieve».

Siempre he tenido la impresión de que estas palabras muestran y ocultan una imagen al mismo tiempo; lo que se muestra tiene un móvil oculto, su sentido es múltiple, ocurre ante nuestros ojos y en otro lugar; diría que el acto de bordar en la nieve convierte a ésta en tela de un bastidor que no es otro que la imaginación poética. Lo más importante es que, pasados los años, la frase continúa actuando para mí como un imán, y siento que todo lo que escribo guarda una profunda relación con lo que sé y no sé de ella, un misterio que late con la idea del tiempo fugitivo, la muerte, la herida y la belleza.

La mudanza a la nueva casa estaba todavía muy reciente, y todos los libros de mi biblioteca permanecían guardados en cajas; demasiadas para abrirme camino hacia los que podía necesitar para escribir. Ese obstáculo inicial, sin embargo, se convirtió en un inesperado regalo.

La nieve hace su aparición en casi todos mis libros, es incluso protagonista absoluta de muchas de sus páginas; para la redacción

Menchu Gutiérrez: *Decir la nieve*. Siruela. Madrid, 2011.

de esta conferencia decidí entonces apelar de mi propia experiencia de la nieve y utilizar sólo los textos de otros autores que habían quedado grabados en mi memoria. Es decir que hablé fundamentalmente de la emoción que esos recuerdos de libros de los Hermanos Grimm, de Kawabata o de Robert Walser suscitaban en mí. De repente, se me aparecía la montaña de nieve que en el s. X la Emperatriz de Japón había mandado erigir frente al palacio imperial tras una intensa nevada, y en la que habían participado numerosas personas de servicio, incluso algunos oficiales en su fase de cimentación. Había leído sobre esa costumbre de la corte en «El libro de la almohada» de la Dama Shonagon y me había impresionado todo lo que rodeaba a su construcción: el celo con el que se planteaba, los lances poéticos en los que se debatía sobre la vida de la montaña y que podían durar semanas. Recordé la belleza de una imagen de Andersen en la que la nieve es un enjambre de abejas blancas, o el cuento en el que el muñeco de nieve se enamora de la estufa y muere derretido. No tenía que buscar las citas sino que estas salían a mi encuentro.

El resultado de este ejercicio de la memoria fue, para mí, un viaje emocional de enorme intensidad. Y enseguida me di cuenta de que, gracias a esa emoción, ligada de forma tan profunda a mi experiencia de la nieve, podía comunicar mucho más de lo que hubiera hecho de tener mis libros al alcance de la mano.

Durante la redacción de la charla, que por motivos obvios debía tener una extensión limitada, me vi asaltada por multitud de imágenes y de pensamientos de los que tuve que prescindir; y, al terminarla, sentí que había dejado fuera demasiadas cosas importantes. «Decir la nieve» nace como respuesta a esa frustración que se instaló en mí y que durante mucho tiempo se resistió a abandonarme.

A pesar de que el libro iba a crecer considerablemente, tuve claro desde el principio que no quería escribir un ensayo exhaustivo ni erudito sobre la nieve, y deseaba continuar en esa estela de la emoción de la que acabo de hablar. Un libro sobre la nieve en la literatura es casi infinito, y pretender abarcar la multiplicidad de las metáforas que brotan de esa experiencia, hubiera tenido para mí un efecto paralizante. Por otro lado, tengo el convencimiento de que, a pesar de que la nieve haya dictado muchas de las expresiones literarias más bellas que se han escrito nunca, e incluso si una enciclo-

pedía sobre la nieve se sostendría a sí misma como un catálogo de la belleza, ese ansia abarcadora acabaría por producir extrañas cacofonías de sentido, que irían reduciendo, poco a poco, su poder de evocación. Por ese motivo, y para que esa energía emocional radiase por igual a todas sus páginas, sentí que debía seguir fiel al deseo de ligereza: no abrumar el texto con citas de la literatura universal, y utilizar sólo aquellas que por alguna razón estuvieran ligadas a mi experiencia más profunda, y en las que la nieve no fuera un mero escenario literario sino que constituyese la materia misma de la escritura. Que la nieve escribiera la nieve, que se dijera con esa intensidad de palabra encarnada que comunica este poema de Anna Ajmátova: «Como es escaso el papel/ escribo en tu cuaderno./ Ajena, me llega la palabra/ e igual que un copo de entonces,/ se funde en mi mano, confiada, la nieve».

Salvo en un caso que me pareció insalvable, decidí no utilizar las citas de algunos de mis libros en las que me había apoyado antes, transformarlas en comentarios, y reproducir textualmente ahora la mayor parte de las citas de poetas y narradores. La inversión no altera en realidad el móvil de la conferencia, aunque a mi juicio el libro amplifica su poder de resonancia con el lector.

Creo también que el libro de la nieve será siempre un libro inacabado. Nuestras experiencias más profundas, al igual que sucede con los sueños, son siempre incomunicables, y cada nevada continuará provocando el nacimiento de nuevas metáforas.

Sólo hay una idea para mí clara al colocar el frágil punto final del libro, y es que la nieve, al igual que sucede con la niebla, el desierto, el mar, o la noche, no son sino un poderosísimo espejo que nos regala la naturaleza. Nos contemplamos en la nieve, y de ella extraemos las notas más agudas o más graves, el silencio más consolador o el más terrible. Donde unos autores han visto un paraíso; otros, han levantado una cárcel; en gran medida, la nieve es lo que tú eres.

El manto blanco borra una realidad e instaura otra. El mundo conocido –nuestra ciudad, la tierra en un parque– sin dejar de ser, queda oculto, se vuelve invisible. Es como si la nieve pusiera a dormir una parte de nosotros y despertara otra, privilegiando la contemplación, la reflexión, la intensificación de los sentidos. La nieve entonces «se dice», y este libro ha pretendido poner oídos a algunas de sus metáforas ©

